REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I. 25 de Diciembre de 1871. Núm. 12.

LA ESPERANZA.

—

La esperanza, último donativo que Dios hizo al hombre, consagrado á contrabalancear todos los males y hasta la muerte misma, no solamonte es el mayor de los beneficios, sino que tambien es una virtud.

¡La divinidad, solícita por la criatura, se la manda como si no estuviera en sus intereses. Por decreto del Señor, toda la naturaleza toma la palabra para decir al hombre:

«¡Espera!»

El insecto que vejeta una sola estacion, como la oruga miserable hila su mortaja y en el seno de la tierra espera el dia de la resurreccion; poco tiempo despues, y fiel á las miras del Creador, el insecto rompe su chrisalida, y radiante mariposa con alas pintadas, emprende su vuelo bajo la bóveda celeste. Y esta metamórfosis no le dice al hombre: «En tu carrera tan corta y llena de vicisitudes, estás solamente en el peristilo de la vida; mueres, como yo, para despertar como yo bajo tu verdadera forma, y para dirigirte hácia tu celestial y verdadera patria»,

El sol, pronto á desaparecer diariamente bajo el horizonte, el mar retirándose de la orilla, le dicen tambien: «Nosotros volveremos.» La estacion que huye, le lega la esperanza de la próxima estacion; los astros en su curso, el rio en su corriente y la viajera golondrina, le dicen al hombre: «Espera.» El que nos ha creado no ha faltado ni un solo instante á sus promesas; ¡mira, lo ha hecho por nosotros, y contempla lo que hará por tí!

El grano miserable que se confia á la tierra se descompone en ella al parecer, pero bien pronto nace una planta de tronco elevado, y se adorna de follage y flores; de igual modo el hombre, confiando en las promesas de la fé, verá sin temor y sin murmuracion que se aproxima la hora de la tumba, porque la esperanza, su mentor fiel y su celestial amiga, marcha delante de él mostrándole con el dedo el sendero que conduce á las moradas eternas, y Dios le dice por boca del poeta (1):

«Sigue la luz de la esperanza hasta

(1) Lamartine.

en las sombras de la muerte; cierto de que mi providencia jamás te trata de engañar.»

El hombre, tal como hoy le vemos, no es verosímilmente el hombre primitivo: hoy contradice la naturaleza; desarreglado cuando es sencillo, misterioso, mudable, inesplicable, se encuentra visiblemente molestado de una cosa que un accidente destruyó: es un palacio demolido y reedificado con sus ruinas; así es como en él se descubren partes sublimes y trozos asquerosos, magníficos peristylos que á nada conducen, elevados pórticos y bóvedas rebajadas, grandes claraboyas y profundas tinieblas; en una palabra, es el desórden y la confusion, habitan todos los lugares, y principalmente en el santuario (1).»

El poeta reasume este pensamiento diciendo:

«El hombre es un Dios caido que se acuerda de los cielos.»

JUAN SOLIS GIL.

(Se concluirá.)

LA ESPOSA DE FARFAN.

TRADICION.

(Continuacion.)

II.

Tutor de don Juan segundo,
Niño aun de breves años,
Es, por suerte de Castilla,
El infante don Fernando.
Este que al regir el reino
Declarara al mahometano,
Guerra, desechando paces,
Que el granadino ha buscado.
En Córdoba con su ejército,
Prez del suelo castellano,
Defensor de la Cruz santa,
Se halla al tiempo de que hablamos.
Al cabo de algunos dias
De caminar sin descanso,
A este ejército valiente,
Luis Farfan se ha incorporado.
Severo, rico y bien nacido,
Gentil y de aspecto grato,
Bien le recibe el infante
Y sus guerreros bizarros.
Y este, do quier le acompaña,
Y aquel llámale á su lado,
Y otro su amistad le brinda
Con pecho sincero y franco.
Mas, entre todos, el jóven,
Taciturno y cabizbajo,
Ni devuelve los obsequios,
Ni á la franqueza abre campo.
A poco de su llegada,
Cuando el infante, juntando
A los caballeros todos
Que su bandera juraron,
De heróico, noble ardimiento,
Henchido su pecho hidalgo,
Dice con lábio elocuente
Y con acento inspirado:
«Valientes, nobles guerreros
Que la muerte despreciando
Con triunfos y con laureles
Marcais do quier vuestro paso,
¡Guerra, muerte y esterminio
Al infiel hemos jurado,
Y alzar sobre sus despojos
El estandarte cristiano!
Si no olvidais, cual lo creo,
Vuestro juramento santo,
No cejareis en la empresa
Que está mi mente alhagando,
Que es, hoy, arrancar del moro
Un floron rico y preciado,
De esa corona que ciñe
Por nuestra mengua y escarnio.
Una villa que se estiende,
Un fértil, estenso campo,
A cuya pérdida triste
Dará raudales de llanto.
Esa villa es Antequera;
En cuyos límites anchos
En su cielo de záfiros,
Fulgura un sol de topacio.
¡Cuánto esfuerzo, mis valientes,
Dará el cielo á vuestro brazo!
¡Cuánto laurel, cuánta gloria
Propicio os está brindando!
¿Quién teme, si en nuestra ayuda
Es el Dios tres veces Santo?
A luchar ¡gloria á su nombre!
Gloria al pendon castellano!»
Calló el infante; y al punto,
De aprobacion, de entusiasmo,
Oyese unánime un grito
De aquellos pechos bizarros.
Y laten los corazones,
Y los rostros inflamados,
De las almas generosas,
Reflejan el fuego sacro.
Solo un rostro hay amarillo,

(1) Chateaubriand.

Solo un corazon helado,
Solo un hombre, que la guerra
Está en silencio execrando.
Es Luis Farfan, cuya alma,
Presa de amor insensato,
Del limpio sol de la gloria,
No vé los fúlgidos rayos.
Solo mira ante sus ojos
En ciego delirio insano,
Flotar en nubes de rosa,
De su Leonor los encantos.
Y al ver lejana su dicha,
Y que se encuentra cercano,
Tal vez, á dejar por siempre
Aquel objeto adorado,
Tiembla cobarde su pecho
Que, aunque se precia de hidalgo,
Su pasion desenfrenada,
Le ha convertido en villano.
Mas ninguno se apercibe
De aquel, su temor menguado,
Y todos de prisa bullen,
Con gozo espansivo y franco.
Y la brillante armadura
Se ciñen apresurados,
Y se aprestan diligentes,
Montan fogosos caballos,
Que con generoso instinto
De su noble peso ufanos,
Relinchan, y en su ardimiento,
Tienen que ser enfrenados.
Ya los guerreros valientes
Pueblan de Córdoba el campo,
La señal de la partida
Con impaciencia esperando.
Y cruje y brilla el acero,
Y el sol relumbra en los cascos,
Y en torno á las nobles frentes,
Hacen corona sus rayos.
Ya en fin la voz de partida
Da el infante D. Fernando,
Vivas resuenan, y parten
Los valientes castellanos.

VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

(Se continuará.) 98

UN DIA DE OCIOS.

POR EMILIO SOUVESTRE.

(TRADUCCION.)

—

MEDITACIONES.

A las tres.

He bajado al jardin, en el patio estaba sentado nuestro vecino del piso alto, teniendo entre sus rodillas á su nieto. El abuelo es un viejo militar que vive de su retiro; el nieto es uno de esos niños precoces y pensativos que el aire del siglo amenaza madurar prematuramente.

Les saludé al pasar, y fuí á sentarme bajo el emparrado, desde donde podia verles y oirles.

El militar miraba á su nieto con ese aire del leon domesticado que busca una caricia; el nieto, con una mano apoyada en el baston del anciano y la otra en su paralizado brazo, se habia montado á medias en la rodilla que se ofrecia á él, y allí permanecia en suspenso como el ginete que espera ó reflexiona.

De pronto irguió su cabeza, y dijo con ese tono casi lastimero del niño que desea saber:

—Abuelito ¿para qué ha hecho Dios el campo?

—¿Para qué recluta? replicó el baldado sonriendo un poco á mi intencion supongo. ¿No sabes tu que en ellos nacen las cosechas, los bosques y las ciudades? La tierra, niño, es un arcon de víveres que el Emperador del universo nos ha dado para que nos sirva de etapas; los buenos soldados la cultivan, la conservan, y la comen.

—Pues á mí me gustaria que no hubiese por todas partes mas que altas yerbas y flores, como las que hay en el jardin de madame Remí, contestó el pensativo niño. Pero y el cielo, abuelito, ¿para qué sirve?

—El cielo, compañerito, nos proporciona á su vez el aire y el dia, que es como si te dijese: ¡la racion cuotidiana del soldado! En él se oculta el sol que alimenta las mieses, las estrellas que iluminan la noche, y el cielo es quien domina al sol y á las estrellas; es, en fin, la tienda de campaña del general en jefe, y tambien, ves tú, cuando se le mira es necesario presentarle las armas.

—Cierto, dijo el jovencito con aire contrariado, y yo que creia que solo habia sido hecho para las aves que cantan, y las nubes! pero ¿y la mar, abuelito?....

—¡La mar! esclamó el antiguo granadero de las pirámides. ¡Es mi pasado! es el amigo de los uniformes encarnados.... y no obstante si se mira bien, tambien tiene su parte buena: á la mar debemos las lluvias que riegan nuestros trigos, los abonos que les hace germinar, la sal que la sazona, y todo cuanto nos traen los navíos. Sin la mar, niño, las naciones serian como los vecinos que entre sí no tienen puerta de comunicacion; las montañas serian obstáculos, las llanuras demasiado largas para atravesar-

las; ni se podrian ver ni socorrer, ni quererse.

—¡Y no habria tampoco mariscos! añadió el nieto, Dios ha hecho bien en crear la mar.

—Como bien ha hecho en crear todo el universo, niño.

—Cómo todo, abuelito, repetia el pequeño con sutil sonrisa... ¿aun este baston de sarmientos?

—Aun ese baston, le contestó el militar, porque él me sirve á la vez de arma y apoyo: con él puedo sondear las honduras, evitar se acerquen los perros furiosos, romper las zarzas que me molestan en mi camino, y me sirve para hacer caer al paso la manzana que te refrigera apagando tu sed.

—Y yo de él hago un caballo de batalla, le interrumpió el niño, que asiendo el baston por el puño se lo colocó entre sus piernas, y dando un salto fué á esconderse en el bosque de lilas.

El abuelo le siguió con la vista, hasta que su cabeza, cubierta de oscuros cabellos hubo desaparecido; entonces alzó los hombros, y su mirada se encontró con la mia sonriendo con inteligencia.

Mas yo no pude corresponder á su sonrisa, porque lo que acababa de oir, se me representó como una parábola. El anciano militar me recordaba esa raza de hombres de espíritu sencillo y valientes, criados á la manera de Aquiles, con corazones de leon, que consideran la vida como una obra hecha para ob.eros pacientes y delicados, en tanto que el niño, precóz y débil, representa esta nueva generacion, nutrida solo con miel, arrebatada por todas cosas, inteligente sin punto fijo, é incapaz de accion, no viendo en la creacion mas que flores, nubes, aves, los mariscos y los juegos.

A las cuatro.

Infinitas veces cuando yo era estudiante, se me han burlado porque me gustaba leer en los diccionarios, pero ni aun las zumbas han podido curarme de esta flaqueza.

Aun ahora, nunca me encuentro con uno de esos repertorios de palabras, sin ojearle largamente. Mi imaginacion se pasea á través de la doble columna de voces, como en medio de un gentio, entre el cual uno busca á sus amigos.

Ellas me gustan por sí mismas, porque su fisonomía se me aparece amable, sus voces melodiosas; otras me gustan por los recuerdos que evocan. Ciertas frases se parecen á las teclas del piano que no puede uno detenerse ante él sin hacer vibrar una nota que desde nuestro oido se desliza á nuestra inteligencia ó el corazon. Yo acabo de hacer la esperiencia en muchas palabras que han pasado bajo mis ojos, y cada una de ellas ha servido de ocasion para escribir al azár en estas hojas, las meditaciones que anoto...

TAREA.

El pájaro vive libre en los espacios, el pez en las aguas, las fieras en las selvas, para ellos la vida no tiene otro resultado que la vida misma.

¡Solo al hombre aquí bajo se le ha impuesto una tarea! Dios solo á él ha señalado esas aspiraciones que, cual puntos fugitivos, es preciso seguir al través de la fatiga los obstáculos y peligros, que á la vez es su privilegio y su obligacion.

Su obligacion, porque la ha alcanzado á fuerza de sacrificios; su privilegio, porque le crea deberes, al paso que al resto de la creacion no le han sido dados mas que instintos.

¡Una tarea! ¡Ah! dichoso quien sabe reconocerla, porque ella es la que corrije al hombre

Feliz quien comprende que no debe vivir solo para sí mismo, sino para hacer que vivan los demás; que si cree, es con el fin de cobijar á su sombra á los mas pequeños, y el mundo es el campo donde siembra sus acciones.

Para este el camino de la vida podrá ser difícil, pero como su término está fuera de él, hallará su apoyo anteriormente. El egoista habita un desierto: si él se falta un solo instante, todo le falta; el hombre que se dedica y consagra, por el contrario, se vé rodeado de proteccion; hay para él eterno estímulo en los otros á quien consuela en las cosas que él proteje; y al estender su vida mas allá de sí, no la aminora, sino que la completa. En esto imito al árbol que estiende mil raices, por las que trasmite mas lejos su sávia.

Despues la Providencia vela sobre todos. ¿Sin estas consolaciones de cada dia qué vendria á ser del hombre, sucesivamente despojado de cada una de sus esperanzas? ¡Ay de mí! nosotros sembramos en vano las afecciones humanas, y los recuerdos aseguran nuestro camino como el pequeño Ponce sembraba las sobras de su negro pan. La ingratitud, la inconstancia, el olvido, son negras aves atraidas de todos las puntos del cielo, prontas á devorarnos.

Las alegrias, las mejores conquistas, son

las primeras que nos abandonan, aunque la Providencia repara nuestras faltas.

A cada descalabro ensayado para nuestra prevision, ella se muestra mas generosa y mas tierna. Para mitigar las fatigas, nos envia la brisa de la tarde; á la languidéz los rayos de la mañana; ¡gracias á ella, no hay tristeza que no tenga su consolacion, ningun cansancio su reposo!

ELENA CERRADA.

(Se continuará.)

POESIA DE LA COSTA.

(Dedicada al inspirado poeta D. José F. Sanmartin y Aguirre.)

—

Desde la blanda arena ¡cuántas bellezas miro!
el cielo es un zafiro
y una esmeralda el mar;
el pié de las montañas furioso el mar azota,
y ronca la paviota
levanta su cantar.

—

La planta de los hombres no toca ya la arena,
de pura luz se llena
el ancho cielo azul;
la brisa de las olas levanta blanca espuma,
y se alza allá la bruma
como flotante tul.

—

Lejano el sol poniente sobre las aguas arde;
los rayos de la tarde
á sepultarse van
bajo la inmensa tumba que enlaza polo á polo,
la tumba que tan solo
conmueve el huracan.

—

¿Qué dice esa llanura, serena y dilatada,
de roja luz bañada
cuando la tarde cae,
y que se muestra á veces del vendabal alfombra
cubierta por la sombra
que la tormenta trae?

—

Qué dice ese horizonte que en derredor se estiende
y al espirar enciende
el moribundo sol?....
¿Qué dice aquella vela que solitaria vaga
y de la tarde halaga
el último arrebol?

—

Todo eso dice al alma que á delirar empieza,
que aquí está la grandeza,
la pequeñez allí.....
allí en esas ciudades donde no hay mar ni montes,
ni grandes horizontes
como los veo aquí.

—

¡Oh costa, cual te adoro! Cuando Galerno brama
y con su aliento inflama
el anchuroso mar,
y brilla del relámpago la lumbre amarillenta
yo admiro la tormenta
que en tí se vá á estrellar.

—

Yo miro como mueren las olas que te azotan,
cómo de nuevo brotan
y vuelven á caer,
y cubren las rompientes de espuma blanca, densa
y en la llanura estensa
se van allá á perder.

—

Cuando las noches llegan del ardoroso estio,
el pensamiento mio
se eleva aquí tambien.....
Miro brillar la luna, cuyo reflejo oscila
sobre la mar tranquila
con plácido vaivén.

—

Y se oye mas afuera, con misterioso acento,
el canto que dá al viento
el libre pescador,
y allá bajo el escarpe del alto acantilado,
suspira fatigado
el mar batallador.

—

Oh mar! cuando mi cuerpo ceda á la muerte impia
ven con tu onda fria
mi sien á refrescar....
¡Quiero tener enfrente de mi mansion de duelo
la inmensidad del cielo,
la inmensidad del mar!

ERNESTO GARCIA LADEVESE

LA CAMPANA DE LA VENGANZA.

(TRADICION ARAGONESA.)

(Continuacion.)

—

VI.

Serian las ocho de la noche del mismo dia, cuando los conjurados se reunieron, segun habian dispuesto, en un edificio inmediato al alcázar real, con el fin de ponerse de acuerdo para lanzar al aire su pendon de guerra.

Eran estos, cuyos nombres nos ha conservado la historia, Don Ruiz Gimenez de Luna, Lopez Ferrendi de Luna, Pedro Martinez de Luna, Gomez de Luna, Ferrando de Luna, Pedro de Bergua, Gil de Atrosillo, Ferris de Lizana, Pedro Cornel, García de Bidaurre, García de Peña, Ramon de Foces, Miguel Arlor, Sancho de Fontova y Pedro de Lucria.

Unos segundos despues de abierta la nocturna asamblea, presentose en el dintel de la puerta Don Pedro Tizon, el cual habia ofrecido aquella misma mañana á los caballeros de Luna, ser uno de los mas entusiastas paladines de la insurreccion.

—Entrad, noble señor, esclamaron algunos de los conjurados así que le distinguieron.

—Nobles señores, repuso Monteagudo penetrando en la estancia:

Llegó por fin el deseado instante de acudir á las armas para derribar de su trono á ese monarca imbécil, que olvidando los altos deberes de su cargo, en menosprecio de la nacion y de la nobleza, se entrega solo á pláticas religiosas, fundando monasterios, y haciendo cuantiosas donaciones para fabricar campanas, mientras el reino peligra y el pueblo perece de hambre....

—Brabo, esclamaron algunos de los conjurados.—¡Muera Don Ramiro el *Monge!*

—¡Muera!—Repitieron á una voz los conjurados.

—Calma, señores, prosiguió Monteagudo, no descuideis que del mayor sigilo depende nuestra empresa. Mañana al nacer la aurora creo que debemos lanzar al aire nuestro pendon de guerra. Guardad, pues, señores, vuestro entusiasmo para mañana. Ahora no nos conviene infundir sospechas. Ademas en el edificio inmediato se hallan en la actualidad ocupados algunos hombres en colocar la colosal campana que el rey *Cogulla* ha hecho construir para que se oiga en todo el reino, y podian vendernos.

—¿Una campana? repuso uno de los caballeros de Luna.

—Sí nobles, señores, una campana que es una monstruosidad en su género; Don Ramiro ha querido que no quedase sin ejecucion lo que tan solemnemente ofreció hacer en las últimas córtes. Si quereis, yo os la enseñaré pero es preciso que vengais divididos en grupos, pues no es conveniente infundir sospechas.

—Vamos á verla esclamaron unanimamente los conjurados que vieron un motivo mas para burlarse del rey Monge.

—Con mucho gusto, repuso el de Tizon, síganme los cinco caballeros de Luna.

Los indicados caballeros siguieron á Monteagudo y unos instantes despues penetraban en un salon abovedado, en donde no vieron ninguna campana, mas sí unos maderos en forma de horca pendientes de una de las bóvedas.

—¿Y la campana? esclamaron sorprendidos.

—Ahi la teneis, repuso irónicamente Don Pedro, señalando al mismo tiempo los maderos pendientes de la bóveda.

—Sois un miserable, D. Pedro, ¡nos habeis vendido! esclamaron los infelices adivinando el lazo en que habian caido.

Monteagudo por única contestacion aplicó á sus labios un silbato de plata, é inmediatamente se presentaron varios hombres de armas acompañados del verdugo, el cual despues de apoderarse sus compañeros de los mencionados personajes, no tardó en cumplir su horrible mision separándoles la cabcza del tronco.

Igual suerte cupo á los demas caballeros que acompañados del de Tizon fueron impulsados por la curiosidad á ver la celebrada campana.

Cuando el verdugo hubo terminado su cargo, Monteagudo envió un paje al rey á hacerle presente qus se dignase bajar á ver la campana que habia construido en su obsequio.

Un cuarto de hora despues, Don Ramiro acompañado del de Tizon penetraba en la estancia, en donde se habia cometido la mas villana de las felonias.

Apenas puso el pié en ella el monarca dejó escapar un grito de sorpresa.

En círculo, y pendientes de la bóveda de modo que formaban la figura de una campana, se veian los mutilados cuerpos de los conjurados, manando aun sangre.

¿Qué os parece, señor, mi obra? preguntó Monteagudo.

¡Magnífica! repuso Don Ramiro. ¿Lástima grande que tenga solo un defecto?

—¿Cual?

—La falta de badajo.

—Ya habia pensado en ello; creeis, señor, que la cabeza del conde de Atares serviria para el caso....

—No, la vuestra producirá mejor sonido.

—¡Señor, misericordia!...

—¿La tuvisteis vos acaso?

—¡Piedad! ¡piedad! esclamó en el colmo de la desesperacion Monteagudo, asiéndose de las vestiduras del monarca.

—No la imploreis, repuso este saliendo de aquella sangrienta estancia, é indicando al mismo tiempo al verdugo que cumpliese enseguida su terrible sentencia.

José F. Sanmartin y Aguirre.

(Se continuará.)

LA MUGER Y LAS FLORES.

—

(Continuacion.)

XIII.

LA ACACIA.

En el fino tronco de una Acacia, leí una vez estas palabras grabadas allí al parecer por distinta mano.

—«Amor eterno á mi Elodia.»

—«Constancia y fidelidad hasta la muerte á mi Ricardo.»

Aquellas palabras resumian sin duda toda una historia de amor.

Soy curioso, y la curiosidad me condujo á practicar indagaciones que me dieron por resultado saber el desenlace de aquella pasion. ¡Oh! ¡mutabilidad de los sentimientos del corazon humano!

Elodia era una jóven bella, y de familia distinguida. Amaba á Ricardo, que tambien pertenecia á una aristocrática generacion La poesía de su amor de que habian dejado testimonio en el tronco de una Acacia, terminó con la prosa de un matrimonio que algunos calificaron de disparatado.

El amor eterno de Ricardo fué á los dos años un abandono casi completo. Su valetudinaria salud le hizo egoista hasta el estremo de olvidar á su Elodia, corriendo todos los baños medicinales del mundo y consultando á las celebridades médicas para prolongar unos cuantos dias mas una existencia gastada por abusos, y empujada á la tumba por una naturaleza pobre y dominada por hereditarias afecciones.

La constancia y fidelidad de Elodia se convirtió tambien en un completo olvido de sus deberes. En vez de prodigarle á su doliente esposo los cuidados que su situacion exigia, vivia entregada á todos esos placeres que el gran mundo hace apurar á los que olvidan que tienen corazon y conciencia. Elodia y Ricardo eran un horrible sarcasmo de las frases que leí en el tronco de la Acacia.

Este árbol, depositario de sus juramentos, es originario del Brasil, y pertenece á la estensa familia de las *Leguminosas*. Cuéntanse hasta diez y nueve especies de Acacias, como notables ó clasificadas, aunque existen en mucho mayor número. La elegancia de su estructura, la ligereza de su follaje y la abundancia de sus flores, le hacen que sea el árbol favorito para adornar parques, jardines y alamedas. Posee tambien cualidades curativas, y sus legumbres y frutos son astrigentes, y útiles para curar las oftalmias crónicas, la disenteria, las afecciones escorbúticas y otras varias dolencias.

Despues de hablar del árbol, se nos ocurre un pensamiento. ¿Por qué Elodia, que depositó su juramento en la Acacia, no quiso hacer como esta que tantos males cura, y con su constante amor y fidelidad no procuró ya que no curar los crónicos padecimientos de su esposo, endulzar con su ternura las horas de dolor?

¿Por qué? porque al fin era mujer y nada mas que mujer.

XIV.

LA CLEMATIDE.

¿Sabeis qué flor es la Clematide?

Pues es la primera tribu de las *Ranunculaceas*, primer género de las *Clematideas*.

Sobre ella leí la siguiente anécdota en un libro francés cuyo título no recuerdo en este momento, impreso en Paris á mediados del siglo XVIII. Voy á contarla:

«El conde de la Tour, era un galante caballero de la córte de Luis XV, así como la princesa de Kadicoff era una orgullosa dama rusa que poseia inmensas posesiones en la Pomerania, pero que gastaba espléndidamente sus rentas en la faustuosa córte de Versalles

Cansado el conde de fáciles aventuras, en los que no tomaba parte su corazon, abandonó sus relaciones con la princesa para dar su mano y su nombre á la señorita de Cerny, de quien estaba perdidamente enamorado.

La princesa era orgullosa, y no pudo sufrir que el conde la abandonara para llevar al altar á la bella jóven, que era uno de los mas brillantes soles de la córte.

Una noche en que el conde acompañaba á la princesa á la mesa con otros muchos convidados mas, esta le pidió, como último favor, una entrevista á solas á última hora. El conde accedió, y cuando todos se retiraron, la princesa y su antiguo amante á solas en su gabinete, despues de platicar largamente, ella, con suma amabilidad le invitó á que tomara el té en su compañía, como prueba, ya que no de amor, de buena amistad. Sirvióles el licor de la China la doncella de confianza, y entre algunas de las exigencias que la princesa tuvo con el conde, fué la de que tenia que aceptar una flor en recuerdo de aquella última entrevista, á cuyos pétalos le hizo prometer aplicaria los lábios al acostarse aquella noche, como postrer tributo á un amor que por su resolucion terminaba aquel dia. El conde, galante siempre, se lo prometió, y la princesa, tomando una flor de un búcaro que sobre su chimenea se veia, la colocó artísticamente en la empuñadura de la espada de su antiguo amante. Aquella flor era una Clematide, á las que la princesa era muy aficionada.

Las horas trascurrieron velozmente. El conde se retiró á su casa, manifestando al partir sentia cierto malestar que no se esplicaba.

A la mañana siguiente, apenas la señorita de Cerny habia abandonado su lecho, cuando recibió un misterioso y perfumado billete que contenia estas palabras:

«La señorita de Cerny no será condesa de la Tour, mientras exista en elmundo

La Clematide »

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

SERENATA.

—

Si de Lope la pluma
Yo consiguiera,
O Tirso de Molina
Gracia me diera,
Con mil amores
Yo cantara tus gracias
Y tus primores.
Cantaria esa frente
Tan tersa y pura,
Que no ha visto el Oriente,
Mas bella luna;
Y esos tus ojos,
Que hacen nacer las flores
Donde hay abrojos.
Humilde cantaria
Tanta belleza;
Pero en la lira mia
Solo hay tristeza;
Y sus acentos,
Quizás anublarian
Tantos portentos.
Siempre vivo soñando
Dichas y amores,
Y triste voy buscando
Galanas flores;
Mas al tocarlas,
Sus agudas espinas,
Me hacen dejarlas.
¡Adios, hermosa estrella,
Luz de mi alma,
Que sin mirar tus rayos,
Pierdo la calma!
Dame ventura
Que es sin tu luz mi vida
Negra tristura.

LOPEZ DE LA VEGA.

LA LUCIÉRNAGA Y LA VÍVORA.

—

APOLOGO

dedicado á mi buen amigo el inspirado poeta D. José F. Sanmartin y Aguirre.

Es una noche de Mayo,
Noche de Mayo tranquila,
Y sobre el césped que sirve
De alfombra á la selva umbria,
Donde es todo oscuridad,
Una luciérnaga brilla.
Una vívora la acecha
En la espesura escondida,
Y arrastrando por el suelo
Poco á poco, se aproxima,
Hasta que á trecho la tiene,
Y con saña cruel la pica.
—¿Porqué me matas? pregunta,
¿Por qué me matas inícua?
Y la vívora responde
Con afectada sonrisa:
—«¿Por qué ha de ser, inocente?....
¿Por qué ha de ser? Por que *brillas*.

CONSTANTINO LLOMBART.

Valencia: Imp á cargo de R, Ortega, Cocinas, 1.